Año II. 9 Noviembre 1890. Núm.º 49

LA VALENCIA COMICA.

Lit.Vda de Ismael Haase. Colon, 7 y 9. Valencia.

15 Céntimos.

NUESTRAS ACTRICES

JULIA CIRERA

En estos últimos días todo se nos ha pasado en rezos y luces encendidas en sufragio de los muertos.

Ha habido casa que ha gastado en aceite más que en el resto del año.

Pero como todo pasa, pasaron los días fúnebres, y todo quedó á oscuras.

Ya la gente no se preocupa más que de teatros y de la ropa de invierno, pues llega éste á pasos ajigantados.

Los que viven al día se preparan para ir á las casas de préstamos á cambiar su ropilla de verano por la confortable de invierno.

Otros, más osados, van por ahí que beben los vientos buscando sastres inexpertos y que tengan buen corte para que les haga una buena pieza y pagarle cuando ellos quieran, que en esto no se deben meter los sastres.

Están ya de vuelta las familias que han ido á veranear á tal ó cual pueblecillo, con lo que han demostrado que son personas de buen tono; y lo que han hecho es pasar unos cuantos meses viviendo silvestremente y gastando poco en la comida, para llegar aquí y abonarse á la ópera, dando así envidia á las de al lado y á las de arriba.

Llegan las veladas ó reuniones cursis que mamás viudas, con hijas en más ó menos estado de merecer, dan en sus casas, admitiendo en ellas á sus íntimos, como sucede en casa las de Penellano, á donde suelen concurrir: un flautín averiado, la vecina del tercero, viuda reincidente, á la cual pegaba su último marido porque ella lo ponía en situación de embestir; el tendero de la esquina, que según dice el ama de la casa está muerto por ella y le regala medios quesos y leche fresca; un chico que es poeta y que ha llegado á la pubertad, aunque no lo demuestre; la mujer de un prestamista, la cual siempre va á la velada cargada de alhajas y con un bulto como una petaca en el hombro izquierdo, que según cuenta le resultó de un mordisco que su marido le dió la noche de bodas; un chico seminarista que en los intermedios de baile relata cuentos verdes y lee el *Chisme*, sacándolo delante de todos, y provocando la hilaridad de tan distinguida concurrencia; un maestro de baile, que enseña á las hijas de la casa variaciones y otras cosas; y otros varios amigos con más ó menos defectos físicos ó dotes personales.

En fin, llega el invierno con todos sus encantos para unos y sus *frías* realidades para otros.

***

Lo que priva ahora y es motivo de conversación es el recibimiento que los zaragozanos han dispensado al jefe del partido fusionista, en su viaje de propaganda.

Él se ha presentado en Zaragoza, sin haber mejorado de físico, y el entusiasmo ha sido indescriptible.

—¿Ha sabido usted lo que le han hecho á Sagasta?

—¡Lo han silbado!

—No, señor, le han quitado los caballos.....

—¿Qué dice usted?

—Del coche, y el pueblo lo ha llevado en triunfo hasta la casa donde se hospeda.

—¿Y crée usted que se saldrá con la suya?

—¡Si ha venido solo!

Estos y otros diálogos por el estilo se oyen en cafés y tertulias particulares, entre fusionistas y conservadores.

El Sr. Sagasta ha sabido captarse las simpatías de la nación toda y con esto ha conseguido que muchos pongan la cara fea.

Los conservadores la vuelven á todos lados, pero la realidad es indiscutible, y todo son contorsiones y encomendarse á Dios y al Rey, porque para ellos no hay Patria.

Ruidoso fué el recibimiento que tiempo atrás se le hizo al que nos gobierna, sólo que éste paró poco en la misma población y no tuvo tiempo de oir misa ni de asistir al teatro.

—¿De modo que no tuvo tiempo ni de escuchar una *jota*?

—Cá, no señor, ni de ofrecer su casa á los zaragozanos.

—¿Pues qué pasó?

—Allá donde miraba veía pitos.

—Ya, los de los municipales.

—Los de todo el pueblo, que metían más ruído que las *palmas* á Sagasta.

Líbrenos Dios de que nuestro actual presidente lea los periódicos ó alguien le diga que en Zaragoza han aclamado al jefe fusionista.

Y vosotros, estudiantes, despacito, que donde menos se piensa, salta un Villaverde.

***

Ya se han abierto los teatros, con lo cual la gente de todos matices se apresura á concurrir á ellos, con fines diversos. En el Principal los *dillettanti* de frac, corbata blanca y otros accesorios más ó menos elegantes, ocupan los escenarios enamorando á las del coro y viendo si les pueden tomar la lengua italiana, pues han oído decir que es el idioma del amor.

Otros, con aspiraciones más elevadas, se sitúan á la puerta de los cuartos de las tiples, como porteros de ministerio, creyendo verlas rendidas á sus pies el día menos pensado.

En las galerías altas las familias que pueden disponer de 0'75 pesetas por individuo, van á solazarse y á pillar algo del *bel canto* para que la niña lo repita en casa picando almendra ó haciendo alguna salsa exquisita.

Otros van de reventadores, y otros y *otras* á lo que salga.

En la Princesa, vemos el público de siempre, sobresaliendo los tipos de tenderos, cuyo color de cara se asemeja al azúcar moreno, comiendo piñones en las butacas; algunas revendedoras con más mantilla y pañolón que gusto artístico sonriendo las agudezas del tenor cómico y agitando el pañuelo como prueba de su entusiasmo.

Estamos ya en completo período de animación; los que huyeron de los vírgulas vuelven á sus hogares seguros de vivir todo el invierno, y los más impacientes esperan los bailes para rendir culto á Terpsícore y pagar cenas al alcance de su peculio.

E. Balari.

EPÍSTOLA AMATORIA DE UN HORTERA

Leonor angelical
Seis días que por *sal* viene,
Y á fe que le aviene mal
El que venga á comprar *sal*,
La que *sal* de sobra tiene.
Desde aquel dichoso día,
Nada hasta mi oído llega
Que me anuncie una alegría,
Que á usted, Leonor, me apega
La *oblea* de simpatía.
Me quedo todo turbado
Al momento que la veo,
Y estoy tan enamorado,
Que en seis días me he quedado
Mas delgado que un *fideo*.
Ayer le dí *perdigones*,
Y todavía me escamo,
Sin oir que en sus razones
Me pedía *cañamones*
Para el canario del amo.
Usted dió una carcajada
Y explicó mi distracción;
Yo me fijé en su mirada
Que era una *perdigonada*
Dirigida al corazón.

Sí, por usté el pecho late
Y es usted á su Narciso,
Aunque diga un disparate,
Precisa, como es preciso
El *cacao* al *chocolate*.
Y como anhelo gozar
Del *aceite* de la calma,
Mis penas llego á contar,
Antes que se beba el alma
El *vinagre* del pesar.
Pues le digo mi querer,
Si acaso su asentimiento
Negara á mi padecer,
Ennegrecerá al momento
El *almidón* del placer.
Mas si mi dicha es lograda,
Mi existencia sin dolor
Pasará breve y contada,
Que en el *saco* del amor
Un hora es la *nuez moscada*.
Por usted al bien avanzo
Y mujer igual no alcanzo,
Que usted descuella en mis quejas
Como entre muchas *lentejas*
Descuella orondo *garbanzo*.

Decida, pues, tal cuestión
Ponga *azúcar* á mi gozo
Siendo franca en su pasión,
Y abriéndome sin rebozo
La *almendra* del corazón.
Sin usted nada valdría,
De usted depende mi calma,
Que es usted, hermosa mía,
Azafrán de mi alegría
Y mi *canela* del alma.
No dude usted que mi amor
Que es como *sémola* fina,
No hará asomar, Leonor,
A vuestra faz peregrina
La *pimienta* del rubor.
Y como los dos logremos
Atar nuestro corazón,
Tan dichosos viviremos,
Que al fin y al cabo seremos
Dos á partir un *piñón*.
Conteste usted sin demora
Porque dudando estoy triste,
Y es un siglo cada hora:
Ya sabe usted que la adora
Y es suyo Narciso Alpiste.

Genaro Genovés.

HACIENDO VERSOS

«¡Oh, tú, la que entre nubes dibujas tu silueta!»
(Caramba. ¡Me parece que es cursi este renglón)
«La que la luz difundes é inspiras al poeta»
(¡Demontre! No me gusta. Maldita inspiración!)
(Dejemos esta idea) «Seráfica, divina,
Estrella de los mares, efluvio celestial»
(Zambomba, y cuánto ripio!) «La transparente ondina...»
(Rompamos esta hoja porque esto vá muy mal).
«Tus labios son cerezas, tus ojos son dos soles
Son rayos tus cabellos, tus manos nieve son.
Tus dientes blancas perlas, tu talle...» (¡Caracoles!

Creerá que soy su cédula ó escribo su padrón)
(Y el caso es que la chica merece cualquier cosa
Porque es una barbiana que tiene mucha sal
A un cuerpo y un meneo...) «Tu cara deliciosa
Es roja como el nardo» (¡Demonio! ¡Qué animal!)
(Me acuerdo de lo estrecha que tiene la cintura.
Las curvas de su seno que causa desazón,
A ver si ahora consigo...) «¡Bendita tu hermosura!
Permite que te cante, tañendo el...» (¡Violón!!)
(¡Y nada! Que no sale, por más que me devano
Los sesos y me acoso, resulta insustancial.

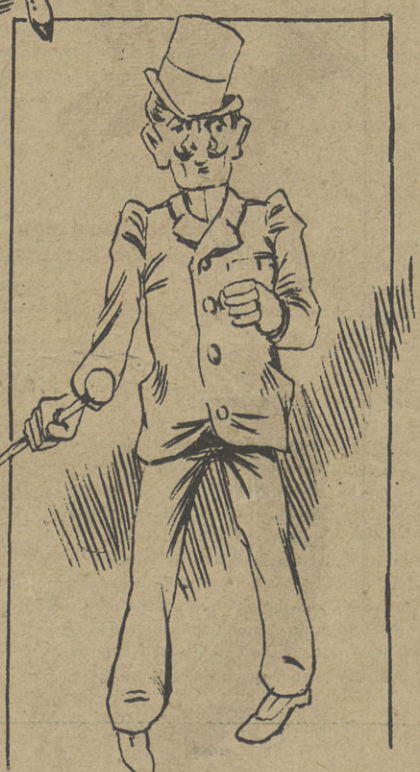
VARIEDADES, POR ROJAS

—Imposible, Ambrosio, me faltaste con la Manuela y.....

—¿Pero no me faltaste tú á mí con ella misma?

—Dispense usted, caballero, con esa nariz no se *va* á ninguna parte.

—¿Y con la otra?



—¿Qué dirá la Pepa al saber que he perdido la pelota al cuarto golpe? De seguro que me registra.

FIN DE TEMPORADA, POR PANDO

Mojarse mucho, ganar poco y lo que se haya *pescado* durante el verano.

Todo el verano se ha pasado mirando tiernamente y total..... nada, unas cuantas calabazas en seco y pezcozones de maridos celosos.

¡Si ustedes supieran lo que éste vió por las rendijas y las rendijas que vió!

Probemos lo terrible). «Tu corazón villano
Es sordo y ciego y mudo por mi pasión leal»
(¡Ya sale!) «¡Dueño mío! Las playas más ignotas
Por alcanzar tu gracia gozoso cruzaré...»
(¿Qué dice usté, canario? ¿Que dónde están mis botas?
Debajo de la cama, ó encima. ¿Yo qué sé?)
(¡Qué gracia! ¡Interrumpirme! Tan bien que me salía...
«Escucha dulce ingrata la voz de mi cantar;
Por él habla á tu pecho la ardiente poesía...»
(Pues... fritos con tomate! ¿Me quiere usté dejar?)
«Por tí nada me importan los montes de granito,
Por tí, vencer pudiera las huestes de Israel;
Por tí lo puedo todo.) (¡Rediós! Este mosquito,
Tres veces me ha picado. ¡Mal rayo caiga en él!)
(Así ¡con mucho fuego!) «Ni el propio chimborazo
Encierra en sus entrañas la llama de mi amor,
Sus crestas como agujas...» (¡Demonio qué trastazo!
¡Me duelen los nudillos de un modo superior!)
«Mas ¡ay! que mi esperanza se trueca en agonía;
¡No hay nada que me salve!» (¡Muy buenas! ¿Bien y tú?
¿Y en casa todos buenos? ¡Por Dios! ¡Qué tontería!
No estorbas. (¡Si pudiera tragarte Belcebú!!)
Pues mira, trabajando; ¡pero hombre cuánta prisa!
Pues bien, hasta mañana; te voy á acompañar...
Por fin ¡ya se ha marchado! (Sigamos). «Tu sonrisa...»
(¿Se enfría? ¡Estaba escrito! ¡Pues vamos á cenar!)

José M.ª de la Torre.

LAS DOS POSADAS

Regresaba yo de Nimes un día del mes de Julio. Hacía un calor insoportable. En cuanto alcanzaba la vista sólo se distinguía la cinta blanca y polvorienta de la carretera, que se desarrollaba flanqueada por verdaderos jardines de olivos y castaños abrasados por un sol de plata que llenaba todo el cielo. Ni una mancha de sombra, sin un soplo de viento: nada más que las vibraciones del aire caldeado y el estridente canto de las cigarras, que con su música loca y monótona, producida á intérvalos iguales, parecían formar la sonoridad misma de aquella luminosa é inmensa vibración... Caminaba en pleno desierto durante dos horas, cuando de pronto apareció ante mí un grupo de blancas casas, destacándose de entre el polvo del camino. Era el caserío de San Vicente, formado por cinco ó seis edificios agrícolas, dos granjas con sus techumbres encarnadas, un abrevadero, sin agua, abrigado por unas cuantas higueras raquíticas, y al extremo opuesto dos grandes posadas que se miraban una á otra en los dos lados del camino.

La vecindad de estas *ventas* tenía algo que hacía fijar la atención. De una parte, un gran edificio respirando vida y animación; la *diligencia* parada frente á las abiertas puertas, los caballos despidiendo vapor por los ijares y aguardando ser desenganchados; los viajeros tomando apresuradamente un refresco en la carretera y á la sombra mezquina que proyectaban las paredes; el patio obstruído por carretas y caballerías; los carreteros tendidos debajo de los cobertizos esperando *la fresca*. En el interior se oían gritos, juramentos, puñetazos sobre las mesas, el choque de los vasos, el estampido de los tapones que saltaban de las botellas de gaseosas; y dominando todo este tumulto una voz llena y alegre que cantaba esta canción:

La bella Margarita
Es muy madrugadora,
Se vá á la fuentecita
Con su cantimplora...,

La posada de enfrente estaba, por el contrario, silenciosa y como abandonada.

La hierba que crecía en la misma puerta, las ventanas desvencijadas, una ramita de acebo colgada al exterior como un viejo penacho, los escalones formados con piedras de la carretera... todo le daba un aspecto tan miserable y lastimoso que era verdaderamente un acto de caridad el detenerse allí para beber un trago.

Al entrar ví una pieza silenciosa y desierta, cuya soledad y tristeza aumentaba la luz que penetraba por tres grandes ventanas desprovistas de cortinas; formaban el menaje algunas mesas cojas sosteniendo vasos barnizados por el polvo; una mesa de billar mostrando los agujeros del descolorido paño y cuatro troneras como cuatro pozales; un divan amarillo, y una vieja mesa de escritorio. ¿Y moscas? Nunca he visto tantas reunidas; las habia en el techo, en los vasos, pegadas á los cristales formando racimos... Al abrir la puerta se produjo un murmullo, un rozamiento de alas, rumor de colmena.

En el fondo de la habitación, junto á la ventana, había una mujer de pie y ocupada en mirar afuera, cuya atención distraje diciéndole por dos veces: «Eh, posadera!» Volvióse despacio y pude ver una aldeana demacrada, ajada, de color de tierra y cubierta la cabeza con una gorra como las que usan nuestras viejas, y sin embargo, aquella no lo era, pero las lágrimas habían quemado y marchitado su cutis.

—¿Qué se os ofrece? me preguntó enjugando sus ojos.

—Deseo descansar un rato y tomar algo...

Como me mirase con extrañeza y no se moviese del sitio, hube de decirle:

—¿No es esta una posada?

La mujer suspiró: «Sí... es una posada... Pero ¿por qué no vais á la de enfrente, como hacen todos? Es más alegre...

—No para mí... Prefiero estar en la vuestra. Y sin guardar respuesta me instalé junto á una de las mesas.

Cuando la ventera se convenció de que yo hablaba en serio, fué de uno á otro lado como azorada, abriendo cajones, removiendo botellas, limpiando vasos y sacudiendo las moscas... Se veía claramente que la presencia de un viajero en aquella casa, era un verda-

dero acontecimiento. Después entró en otro cuarto y la oí remover manojos de llaves, probarlas en las cerraduras, mangonear en la artesa, soplar, sacudir los muebles y fregar los platos, entre algún suspiro ó sollozo mal contenido.

Después de un cuarto de hora que duraron los preparativos, me presentó un plato con pasas, un pan tan duro como el asperón y una botella de vino malo sin fuerza y sin sabor: «Estais servido,» me dijo la extraña mujer, y se volvió á su sitio junto á la ventana.

Mientras bebía traté de hacerla hablar preguntándole: «¿Viene poca gente por aquí, no es eso?»

—¡Oh! no viene nadie .. Cuando éramos los únicos en este caserío era diferente; teníamos el relevo de los tiros del coche correo, alguna que otra comida de cazadores en la época de las cercetas, carreteros y arrieros durante todo el año... Pero desde que se establecieron los vecinos todo lo hemos perdido.... La gente prefiere irse ahí delante. Encuentran demasiado triste nuestra *venta*... y la verdad es que no es muy agradable. Yo no soy bonita, padezco calenturas, mis dos hijitas han muerto...

Ahí, por el contrario, siempre están de broma. La dueña es una arlesiana guapa y que lleva muy bien sus adornos y sus tres vueltas de cadena de oro al cuello. El mayoral, que es su amante, detiene el coche en su posada, y con este motivo y por causa también de tres ó cuatro mozas de servicio, engatusadoras y fáciles, los viajeros se llueven que es un portento. Son sus parroquianos todos los jóvenes de Bezonces, de Redissan y de Jorquieres. Los carreteros dan un rodeo para pasar por aquí... Yo permanezco en este sitio todo el día sin que nadie consuma un real en mi casa.

Decía todo esto con aspecto tan distraído é indiferente como si fuera la cosa más natural del mundo; pero sin apartar su vista de los cristales de la ventana, á cuyo través la dirigía con fijeza. Con seguridad había algo en la posada de enfrente que le preocupaba.

De pronto, al otro lado de la carretera se produjo gran movimiento. Era la *diligencia* que llegaba envuelta entre nubes de polvo, chasquidos de látigo, notas agudas que lanzaba la trompa del postillón y los gritos de las jovenzuelas que salían á las puertas gritando: «¡Adiós!... ¡Adiós!» Por encima de todo este estrépito, sobresalía la voz llena y alegre cantando:

A la fuente fué por agua
Y de allí no ha regresado;
Pero se ha visto venir
A un aguerrido soldado...

Al oir esta voz, extremecióse la hostalera, y volviéndose hacía mí me dijo: ¿Oís? es mi marido... ¿No es verdad que canta muy bien?»

Yo la contemplé maravillado: «¿Cómo? ¿Vuestro marido?... ¿Pero es que él también va ahí enfrente como todo el mundo?»

Entonces, como herida en lo más vivo de su alma, pero con gran resignación y dulzura, me contestó: «¿Qué quereis, señor? Los hombres son así; no les gusta ver llorar, y como yo paso los días llorando desde que murieron mis pequeños... Además, ¡este caserón es tan triste y siempre está tan solitario!... Así es que cuando mi pobre José se fastidia un poco, pasa ahí delante y como tiene tan bonita voz, la arlesiana le hace cantar. ¡Chist!... ya comienza otra vez.»

Y trémula, con las manos levantadas, derramando lágrimas que la hacían aparecer más fea, quedóse allí junto á la ventana, permaneciendo extasiada oyendo cómo su José cantaba para la arlesiana:

El soldado la saludó:
¡Buenos días, hermosa aldeana!

Alfonso Daudet.

ADVERTENCIA

A mi bella prima Pepita Serrano. (1)

¿Que te vas á casar, querida prima?
¡Debes tener el juicio trastornado!
¿Que te vas á casar? ¿Tú lo has pensado?
¡Antes que al ara acércate á una sima!
¡Tu audaz resolución me causa grima
Siendo el casarse moda que ha pasado
Y que sólo adoptó el desesperado
Que tuviera su paz en poca estima!
No sé si á Dios agrada el matrimonio;
Y, aunque ese lazo que la vida estrecha,
Defienda con ardor algún bolonio,
Pienso que tras la cruz... hay quien acecha
Y que al saber que hay bodas, el demonio
Murmura con placer: —¡Es cosa hecha!

Venancio Serrano.

(1) ¡Sólo á mi prima!

A UNO

SONETO

De lo que es el valor en la ignorancia
Llamaste cobardía á mi prudencia,
Que supo mantener la indiferencia
Como único castigo á tu arrogancia...
Pues bien; yo te diré que hay más distancia
Del desprecio al temor, más diferencia
Que existe entre tu impúdica insolencia
Y mi heróica firmeza y mi constancia.
Y que día vendrá, cuando remita
Esa fiebre envidiosa que en tí arde
Y en su delirio contra mí te agita,
En que sepas por fin, aunque algo tarde,
¿Qué esfuerzo de valor se necesita
Para pasar á veces por cobarde!

F. de Asís Jiménez Moya.

SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO, POR FRADERA

—¡Ese paso!.....
—Si es á la inglesa.
—Déjese usted de majaderías y márquese el ciento veinte por minuto: uno, dos, tres, cuatro.....

"..... mira aquí á tus plantas, pues,
Todo el altivo rigor
De este corazón traidor ....

A llevar la comida al señorito y á ver como se arma.

Como quieres niña
Que te venga á ver,
Si salgo de guardia
Y entro de cuartel.

El marqués de Z.*** soldado de segunda.

—No me lo niegues, sé que me has faltado con la lavandera del escuadrón.
—Te juro que es una impostura, Lola
—Pídeme perdón de rodillas y te creeré.

¡Qué no huela á cuadra, muchachos: habrá propina!

—Pues mire V., es muy agradable.

—¿De veras?

—Un cigarro después de la comida, sabe á gloria.

—¿No exajera V.?—preguntóme ella, haciéndosele la boca agua, ó mejor dicho, humo.

—No, señora, no; es la pura verdad.

—Casi me dan tentaciones de probarlo.

—Pruébelo V. y verá. Ahí va un cigarrillo —dije alargándole uno á doña Simeona.

—¿Y si me mareo?—replicó ella tomando el pitillo.

—Qué se ha de marear V.! Es muy suave este tabaco.

—De la Madrileña—añadió doña Simeona sin reflexionar, ruborizándose luego de veras.

—¿Y cómo sabe V. que es de la Madrileña?

—Toma, por que incidentalmente lo dijo anoche el caballero que se dejó la petaca.

—¡Ah! Encienda V., encienda V., y verá qué bien sabe; y ofrecí un fósforo á doña Simeona; pero ésta, antes de encender el pitillo, dijo:

—Ahora que me acuerdo; junto con la petaca se dejó también el caballero unas tenacillas, voy á probar con ellas para no ensuciarme los dedos—y tirando del cajón de la cómoda sacó unas tenacillas de plata, oprimió con ellas el cigarro, y lo encendió haciendo fingidos aspavientos.

—¿Lo encuentra V. desagradable?—le pregunté.

—Tanto como desagradable, no; ¡pero hace un gusto tan estraño!

—Ya, ya le encontrará V. el verdadero gusto á medida que chupe.

Y así fué pues al tirar la colilla, que si no hasta las heces, apuró hasta quemarse, me confesó que en efecto, después de la comida, sabían á gloria los cigarrillos.

Y yo, á mi vez, me convencí de que en efecto, doña Simeona fumaba que era un gusto, y se dejaba pegar unas gorras de padre y señor mío.

Manuel Millás.

EL VIAJE

I

¡Era Arturín tan hermoso!
¡Su madre la amaba tanto!
. . . . . .
Un día se lo encontró
Pensativo y muy callado,
Y le preguntó anhelante:
—¿Arturín, qué estás pensando?
—Quisiera, mamita mía,
Hacer un viaje muy largo
Como aquellos de los cuentos
Que abuelita me ha contado.
Llevar un traje muy lindo;
Una espada y un caballo;
Y ver paisajes hermosos
Y castillos encantados
Y matar muchos jigantes
Que son unos hombres malos;
Luego, regresar á casa
Y traerte un buen regalo.
—Escuchando al parlanchín
Rió la madre un buen rato
Y después así le dijo,
Viéndole otra vez callado.
—Mira, monín, si eres bueno
Cuando ya seas muy alto
Te promete mamaíta
Llevarte á un pueblo lejano
Que es muy grande y muy hermoso
Y tiene muchos palacios.
Allí, los niños que estudian
Salen luego aprovechados,
Y ese ya será un viaje
Cual te gusta á ti ¡muy largo!
—¿Y tú te pondrás muy triste
Si me alejo de tu lado?
—Eso es natural, hijito,
Derramaré mucho llanto,
Pero después cuando vuelvas
Te daré muchos abrazos.

II

¡Aquel ángel inocente
De su madre idolatrado
Iba á batir sus alitas
Y á volar por el espacio!
¡Se moría el pobre niño,
Su madre estaba á su lado
Pálida y muy ojerosa!
¡Había sufrido tanto!
Incorporóse el enfermo
Y la dijo suspirando:
—¡Mamita, ya no te veo!
Pero te siento á mi lado
Deja que otra vez te bese
¡Así!... ahora un abrazo.
—Luego, al notar que su madre
Vertía copioso llanto
Exclamó: —Di, mamaíta,
¿Por qué lloras? ¿es acaso
Que voy á emprender muy pronto
Aquél viaje tan largo?

Pascual Montagut.

PALIQUE (1)

Ante todo lean ustedes la notita que abajo queda impresa, para que no me tachen de plagiario de *títulos*, ó cosa así. *Con permiso de Clarín*, ó como si dijéramos, con permiso de *Su Santidad*, puedo meterme á crítico y hasta usar el mismo epígrafe que él usa en sus *críticas*, ó *patos*, ó *palizas* y aun algo más, por que de todo tienen y no poco.

Yo, que no tengo tanto vuelo, ni tanto empuje, ni mucho menos tanta frescura como el *bombo* de Echegaray y Campoamor, deténgome en el *justo medio* de la crítica sin pasión alguna que la contenga ni la fuerce, como sucede á muchos, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, como dijo el otro.

Y basta.

Buscando que te busca hace tiempo alguna composición, ó *descomposición*, que lo propio es para el caso, halléme "de manos á

(1) Con permiso de *Clarín*.

HUMO

Estos días va rodando por las columnas de los periódicos la noticia de que hay reinas y hasta emperatrices y todo, que fuman pitillos, y que como el ejemplo viene de arriba, han tomado los tales carta de naturaleza entre las damas aristocráticas. y no tardarán en generalizarse entre las señoras más ó menos *pudientes* de la clase media.

¡Pero han visto ustedes de qué cosas tan trascendentales se ocupan los periódicos!

¡Pues ahí es nada lo del ojo, digo, lo de la boca! ¡unas mujeres que fuman! y rabiarán de seguro aparte y no de celos, sino del pésimo tabaco que nos proporciona la nunca bien ni mal ponderada Sociedad Tabacalera, caso de ser ésta la que provea de tabaco á tales señoras.

Pero, digo yo á mi vez: ¿qué de extraño tiene la noticia? ¿Acaso las mujeres no hace mucho tiempo que fuman?

De dónde, si no, provienen esos humos que gastan algunas señoras que yo conozco y otras que conocerán ustedes? De dónde, si no de lo mucho que chupan?

Y cuando yo lo digo, no es á humo de paja, sino á humo de tabaco.

Pues sí; el que fumen las mujeres es cosa general y muy antigua; y de ahí el que á muchas mamás políticas se les suba con tanta frecuencia el humo á las narices.

Hay un autor que asegura no sé si bajo palabra de honor ó bajo de qué otra, que el vicio de fumar se remonta á nuestros primeros padres, y que no fué Adán, sino Eva, la primera que se puso el cigarro en la boca.

Sea de ello lo que fuere, dejemos á nuestros primeros padres, que en paz descansen, y oigan ustedes por qué afirmo yo que la noticia lanzada ahora al viento de la publicidad por los periódicos, carece de novedad.

El suceso que voy á referir, es cierto en todas sus partes.

Siendo yo estudiante me aseguraron que una señora de muy buen ver y de cierta edad, ó mejor dicho, de edad incierta,—porque ella misma no sabía á punto fijo los lustros que contaba,—tenía la costumbre de fumar.

Visitábala yo con bastante frecuencia y con mucha confianza, y quise cerciorarme por mí mismo de si pitaba ó no.

Inútil empeño. Si pitaba debía hacerlo tan á deshora, con tanta circunspección y miramiento, que por parte alguna aparecían luego los más leves indicios del hecho consumado.

—No chupa—decía yo á los que la delataron.

—Si que chupa—me replicaban ellos.

Y vuelta á mis indagaciones y á los resultados negativos.

Por fin un día me dije: De hoy no pasa, hoy cae; si fuma, como me aseguran, le pego, si señor, le pego... una gorra;—y tomando el sombrero me fuí á su casa.

Encontré almorzando á la señora de edad incierta—que por cierto se llamaba doña Simeona, nombre que los amigos habíamos poetizado comiéndonos el principio;—estaba, repito, almorzando doña Simeona, y me invitó á que la acompañase.

Acepté con mil amores, y una vez terminado el almuerzo, comencé á tender la red para si caía pegarle... la gorra.

Al efecto, metí mano á un bolsillo, luego á otro y así sucesivamente hasta escudriñarlos todos, haciendo luego un mohín de despecho.

—¿Qué le pasa á V., Manolo?—preguntóme doña Simeona.

—Que me he olvidado la petaca, ó se me ha perdido, y contra mi costumbre no voy á poder fumar un cigarrillo después de almorzar.

—No se apure V. por eso—replicó ella—justamente anoche un caballero que estuvo de visita, se dejó olvidada la suya: aquí la metí—y se dirigió á la cómoda.

—¡Por fin!—exclamé yo.

—¿Qué?—dijo ella.

—Digo, que por fin voy á tener el gusto de fumar el pitillo de ordenanza, gracias al olvido de ese caballero.

Abrió doña Simeona uno de los cajones y, en efecto, allí pareció el peine, digo la petaca.

Era ésta de concha, pequeña, con broche y charnelas de oro, y con un escudito del propio metal en el centro de una de sus tapas.

Era, en fin, una verdadera petaca de mujer.

Abrióla doña Simeona con tal facilidad, que me demostró con ello la costumbre de manejarla.

Tomé un pitillo.

—Tome V. más—me decía ella.

—Es abusar del olvido de ese caballero.

—Si es de confianza, tome V., tome V.—y así diciendo vació la petaca en mi mano, y yo ésta á mi vez en el bolsillo, con lo que resultó una gorra de primer orden.

—No ha probado V. nunca á fumar?—pregunté á doña Simeona encendiendo un pitillo.

—¡Jesús!—exclamó ella, haciendo por ruborizarse—¡estoy loca!

EN LA PLAYA

Ayer

EN LOS SALONES

Hoy

boca„, con un periódico nuevo en esta provincia, que, á mayor abundamiento, sufre ahora la epidemia de poetas chichos, ó de menor cuantía, como ciertos y determinados juicios.

Entre las muchas y variadas *producciones* del citado periódico, ví una firmada por su director y con el pomposo título de ¡VEAN USTEDES POR QUÉ!

Como la tal poesía, ó lo que sea, no tiene desperdicio y da una clara muestra de los *puntos que calzan* esos sicarios de la nueva generación de *poetillas* que hoy todo lo invade, con desprestigio y menoscabo de la sana literatura valenciana, propóngome sacar, como quien dice, sus trapillos al sol, para que los aficionados á las buenas letras no vicien su gusto, en estas, de enfermizo cerebro, inmundas é insanas elucubraciones.

Y, *¡vean ustedes por qué!*

"Mi amigo Simón Pajares
tiene una niña *tan* bella,
que he de casarme con ella
á *pesar* de los *pesares*.„

¡Virgen Santa qué principio! como dice la Doña Inés de Zorrilla.

"Tiene una niña *tan* bella„...

¿Tan bella *como quién* ó *como qué?* porque ese *tan* implica que el autor se propone comparar la belleza de la niña de Simón con otra cualquiera, y la comparación no aparece por lado alguno.

"*que* he de casarme, etc.„...

Vaya un *que* que Dios nos ha dado. Si esto no es *concordancia vizcaina*, no se sabe lo que es: lo mismo que no se sabe de quién son los *pesares* á *pesar* de los cuales tiene el autor de esta poesía que casarse con *una* niña *tan* bella.

"Ya sé que pierdo al casarme„...

No sabemos quién *perderá* más de los dos, usted ó ella:

"Libertad que tanto quiero„...

Pues si *quiere* V. esa libertad para escribir de ese modo, más vale que la pierda V.

"*Más* la vida de soltero
Ya ha llegado á fastidiarme.„

¡Hombre! tan joven y con tan buena disposición para hacer carrera; ¡parece mentira!

"Y me aburre en gran manera
Estarme solo en mi casa,
Viendo siempre á Nicolasa
La madre de mi portera.„

Pues no sea V. tonto y salga de cuando en cuando á darse una vueltecita, aunque no sea mas que por las Alamedas de Serranos.

Además; no se comprende que se *aburra* V. mirando á la madre de su portera y no se baje á buscar á la hija. Yo que V. propondría un cambio entre la madre y la hija. Esto se le ocurre al más topo, aun siendo aficionado á escribir versos.

"Una viejita infeliz„...

Aquí fué Troya.

Una viejita: A ver, á ver: ¿de dónde se ha *sacado* V. este *diminutivo* de vieja? porque cualquiera que no fuera V. diría *viejecita*, *viejecilla* ó *vejezuela*: pero *viejita*...

Mande V. este diminutivo á Comelerán ó al mismo Fabié, para que lo metan en el Diccionario y le hagan á V. aca-démico á la primera ocasión, que sí lo harán; vaya si lo harán.

"Una *viejita* infeliz
Con el cuerpo *muy torcido*.„

Vamos; un cuerpo parecido á una columna salomónica, ó mejor, á una escalera de caracol y con un *muy*, muy grande por delante á guisa de gran cruz ó de parche americano.

"Y que *mete* mucho ruido
Al limpiarse la nariz,
Que al andar *toda* se mueve
Cuál si estuviese bailando
Por lo que estoy deseando
Que el demonio se la lleve.„

¡Jesús, María y José!

A que no han visto ustedes más disparates juntos, así, en verso y todo.

Sólo con ver las palabras subrayadas en los últimos versos transcritos, queda hecho su elogio, que no es poco.

"Pero se burla el bribón
Sin hacer caso *a* mi ruego„

No sea V. malicioso, señor poeta; ¿quién es capaz de burlarse de V., encima de no hacer caso *á* su ruego? Don Simón Pajares no será, por que está muy lejos para cometer tal desafuero con quien, como V., vá á casarse con su niña *tan* bella.—¡Ah! ¿Será el domonio?...

Porque sólo al demonio se le puede ocurrir burlarse de V. sin temor de que le descerraje una poesía á "boca de jarro„

"Pero se burla el bribón
(Quedamos en que es el demonio).
Sin hacer caso *á* mi ruego
Y por no *prenderla fuego*
Hoy me *descaro* á Simón.„

Hombre; no sea V. *descarado*, que eso no sienta bien á ninguna persona medianamente educada, y, además, no prenda V. fuego á la pobre Nicolasa, que, sobre no ser de ella la culpa de tener el cuerpo *torcido* y todo lo demás que la afea, lo meterían á V. en Chirona para toda su vida, si no le hacían otra cosa peor, y la poesía tendría que pedir prestada á Fabié la gasa de su sombrero.

"Sólo me para una cosa...„

So-siéguese V., y menos mal que *se para*: y conste que le alabo el gusto.

"Sólo me para una cosa...

Las edades;... pero no.„

¿En qué quedamos? Se para V. ó no se para?

"Estoy seguro que yo

Lograré hacerla dichosa.„

Pues, mire V.; es una seguridad de la que no me atrevería yo á responder de primera intención; y pensándolo mucho, tampoco, porque si la escribe V. muchos versos como estos...

Y eso, que, aquí, no se sabe para qué se *descara* V. á Simón, ni á quién está V. seguro de hacer dichosa, si á la madre de su portera, ó á la hija *tan* bella de aquél, porque supongo que no será á la hija de Nicolasa, ni al propio Don Simón, ni mucho menos al mismísimo demonio.

"Y si le estorba la edad„

(A quién, porqué; y... según y conforme).

"Demostraré claramente„

(Que no es poco demostrar).

"Tengo treinta solamente„

(¿Treinta edades?... No es mucho).

"Puesto que paso á mitad.„

(A mitad de qué?)

"Pues si al tratar de mitades„

(Y quién trataba de eso?)

"Es mi mitad mi mujer„

"¡Claro es que ella ha de tener„

"La *mitad* de *ambas edades!*„

¿Claro? Turbio digo yo; y muy turbio.

x=y r². ¿Lo entiende V.?

Antes dijo V. que una *cosa* le *paraba* y nos ha engañado V. miserablemente, puesto que ha seguido soltando todos los disparates que tenía encerrados en su mollera y esto no tiene perdón de Dios.

"Así discurría yo;„

(Pues discurre V. muy mal).

"Pero la niña con traza„

¡Ah! ya pareció el peine; y me alegro, vive Dios, lo que V. no puede imaginarse. ¡Si supiera V lo que he padecido hasta saber por qué se *descaraba* V. á Simón!

"Pero la niña con traza„

(Con traza de qué; ¿de verdulera?)

"Me *largó* una calabaza„

(De cerdo, porque de las otras no pegaba).

"Que mi plan desbarató;„

(Hombre; créame V. que lo siento).

"Pues contestóme *entre dientes*„

"*muy queda* y *sin vacilar*„

(Vaya un modo, señor, de contestar).

"Que no me podía amar„

"Porque *no gastaba lentes*„

(¡Vean ustedes por qué!)

"Al oirlo me marché„

(Hizo V. perfectísimamente).

"Dispuesto á suicidarme...„

(Vamos, no lo tome V. tan fuerte y nos obligue á comprarnos ropa negra).

"Pero no quiero matarme„

"Por no disgustar *á usté.*„

¿A quién? ¡Ah! ¡ya! A los que sin temor á una indigestión, hemos tenido la paciencia de leer su poesía.

Pues no sea V. tonto; suicídese V. para la literatura y no tenga miedo que nos disgustemos.

¡Ah!; y hasta le perdonamos este desliz, si nos promete no volver á escribir más ni aún á la niña *tan* bella de Simón Pajares.

Clarinete.

Ponemos en conocimiento del público que nos favorece, que estamos preparando el *Almanaque*, el cual se compondrá de cuarenta y ocho páginas y una bonita cubierta al cromo, á diez tintas, acuarela del inspirado pintor valenciano Constantino Gómez. El texto será escogidísimo, todo inédito y de firmas conocidas.

Dibujos de los mejores artistas de España.

El precio modestísimo.

***

Ha sido tan grande la aceptación que ha merecido del público el número de nuestro semanario perteneciente al día de Todos Santos, que nos hemos visto obligados á hacer nueva tirada.

Hacemos presente á nuestros corresponsales que dentro de pocos días les remitiremos los números que nos piden.

***

Leemos en *El Mercantil Valenciano:*

"..... y cuando en una capital de provincia se juega descaradamente á los prohibidos, sin que el gobernador quiera, pueda ó sepa impedirlo, ¿qué se hace con ese gobernador?„

Hacerle conde ó barón
Del *elijan ó el entrés*,
Y darle de subvención
Cinco mil duros al mes.

Imp. y Lit. de Emilio Pascual

Sección de Anuncios

VALENCIA CÓMICA

SEMANARIO ILUSTRADO

Precios de suscripción: 2 pesetas trimestre

Dirección y Administración:

GALLO, 3 BAJO

Toda la correspondencia al Administrador.

FEDERICO VELA

FOTÓGRAFO DE LA REAL CASA

Y DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ESTA CAPITAL

PREMIADO CON LA CRUZ DE ISABEL LA CATÓLICA

4, Hierros de la Ciudad, 4

VALENCIA

Establecimiento Cromo-Litográfico

DE LA

VIUDA DE ISMAEL HAASE

COLÓN, 7 Y 9

Grabados, Oleografías, Autógrafos, Cromos. Especialidad en países para Abanicos.

Impresiones Editoriales, Artísticas, Religiosas y Administrativas. Banca, Industria y Comercio.

COLÓN 7 y 9

ALMACÉN de PAPEL

DE

ISIDRO BALARI

GALLO, 3, BAJO

VALENCIA

Surtido completo en papeles del país de las más renombradas Fábricas. Ventas al por mayor y menor.

Precios económicos

PAPELERÍA, IMPRENTA Y LITOGRAFÍA

DE

EMILIO PASCUAL

Puerto, núm. 36, y Comedias, 11 y 13

En este acreditado Establecimiento encontrará el público un esmerado, puntual y económico servicio en toda clase de **trabajos Tipo-Litográficos**, y muy especialmente en los referentes al Comercio, Bancos de crédito y Casas de préstamos; Empresas de Ferrocarriles, Tranvías y de Sociedades mineras y recreativas, etc., etc.

VENTA

SUSCRIPCIÓN Y RECLAMACIONES

DE

VALENCIA COMICA

EN LA

ISLA DE CUBA

Sra. Viuda de Pozo é Hijos

Galería Literaria

OBISPO, 55, LIBRERÍA

Habana

CORRESPONSAL

encargado de la venta

DE

Valencia Cómica

en Madrid

D. Julián Rodríguez

Kiosco de la Universidad; Plaza de Santo Domingo.